—Permitidme quedarme en casa. No me encuentro bien. Mañana me desquitaré.

El señor de la Tour du Roy expresaba cortésmente su sentimiento, que no era sincero, porque en su interior se alegraba de que la presencia importuna de un tercero no interrumpiera su diálogo con su ídolo.

Para satisfacer las conveniencias sociales, dos *grooms* seguian á los señores á bastantes pasos de distancia,

Lazarine adoraba las marchas rápidas. Esto bastará para comprender que la amazona y su caballero, corriendo tardes enteras al trote ó al galope de sus caballos, recorrian grandes distancias.

Durante el camino preguntaba al marqués acerca de las propiedades que se ofrecian á su vista.

Y casi siempre el señor de la Tour du Roy, despues de haber citado los nombres de los propietarios de los dominios, y referido detalles de su familia que podian interesar á Lazarine, añadia:

—Pronto os los presentaré, porque pienso invitarles á las fiestas con que celebraré nuestro matrimonio.

Un dia, á seis ó siete leguas de Hojas-Verdes, el caballero y la jóven, al salir de un espeso bosque que acababan de recorrer por vez

primera, llegaron hasta la meseta de una alta colina, donde la mirada abarcaba un hermoso paisaje.

Allí descansaron.

Lazarine fijó desde luego su atencion en las masas arquitectónicas de un castillo del tiempo de Enrique III situado á la izquierda del camino, en medio de un parque inmenso, y cuya alta techumbre azulada y esquilones agudos de sus torrecillas dominaban el verde bosque.

Una larga calle de castaños tres veces seculares conducia á la verja, cuyos dorados hacía brillar un rayo de sol.

La jóven preguntó:

—¿De quién es esa propiedad?

—Es el castillo de Gordes—contestó Roberto.

—De lejos parece hermoso.

—Lo es de lejos y de cerca. Es una morada histórica de rara magnificencia.

—Puede compararse á la Tour du Roy.

—Sin duda alguna. Los arqueólogos convienen en que Gordes y la Tour du Roy son las dos propiedades mas notables del Loiret.

—¿A quién pertenece ese castillo?

—Al conde de Gordes.

—¿Amigo vuestro?

—Amigo mio, porque siento por él una gran-

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

de simpatía; pero la diferencia de edad es grande entre nosotros.

—¿Es muy jóven el conde?

—Tiene escasamente veintiocho años.

—¿Casado?

—Nó.

—¿Rico?

—Calcúlase su fortuna en ocho ó nueve millones.

—¿Le invitareis á la Tour du Roy?

—Sí, y celebraría presentároslo, porque es un cumplido caballero; pero existe un obstáculo insuperable.

—¿Cual?

—Raul de Gordes ha dejado el país hace dos años, y Dios sabe si volverá.

—¿Donde está?

—Nadie lo sabe positivamente; pero algunas personas cuyo testimonio es digno de fé, aseguran haberle encontrado en Italia, en una gran ciudad, Nápoles ó Venecia. Esquivaba su presencia, y tal vez hayan sido víctimas de una semejanza.

—¿Y con qué motivo tan misterioso se oculta el conde de Gordes?

—Nó. Se aisla.

—¿Por qué?

—Por la razon que le obligó á espatriarse.

—¿Cual?

—Una aventura novelesca.

—Me la contareis. ¿No es cierto?

—¡Ah! nó; no me pidais eso. Cuando estemos casados sea enhorabuena.

—¿Y si os rogase á pesar de todo?

—Seria inflexible.

—Aumentais mi curiosidad, la duplicais; ¿sabeis? la centuplicais. ¿Sereis tan cruel que os negueis á satisfacerla?

—Sí, cierto. La aventura en cuestion no es para contada á una jóven soltera.

—Querido marqués, casi soy una mujer, pues to que dentro de ocho dias nos casamos.

—Pues bien, aguardad ocho dias, adorada mia—contestó Roberto sonriendo.

—No tendré paciencia, y os desafío á que intenteis ponerla á prueba. Si no me obedeceis antes del matrimonio, ¿qué será despues? Al pensarlo me estremezco. Si me amais como decís, y yo me complazco en creer, probadlo por vuestra debilidad. Os ruego, os suplico que me conteis la aventura del señor de Gordes. Quiero conocerla.... ¡y os amo tanto!

Roberto de la Tour du Roy intentó resistir algo mas para cumplir con su conciencia, pero estaba vencido.

—¡Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere!

Lazarine fué tan vehemente en la réplica, que el marqués, fascinado por la voz, por la mi-

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

rada, por la sonrisa de la sirena de cabellos de oro, no tuvo otro remedio que rendirse á discrecion.

—Sea.... cederé—dijo suspirando.

—No de muy buen grado.... Convengamos en ello—dijo la jóven sonriendo.—Pero en fin, cedeis y esto es lo principal. Vamos, ya escucho.

—Ya comprendereis—comenzó Roberto—que el conde Gordes, con su título y su fortuna, era un gran partido. Las principales personas del país solicitábanle para sus hijas y tratában de conquistarle; pero él burlaba las asechanzas como una salamandra en medio de los fuegos mas ó menos desinteresados que se quemaban á su alrededor. Creíase incapaz de amar.

—¿Y lo era en efecto?—preguntó Lazarine.

—Le parecia al menos; pero de repente, hace dos años y medio, se enamoró.

XVI

—¿Verdaderamente se enamoró?—repitió Lazarine.

—Con locura—contestó el marqués.

Iba éste á continuar, pero la jóven no le dió tiempo.

—Perdonad si os interrumpo; es para una cuestion de importancia. Sé que el señor de Gordes es jóven, sé que es rico, pero no habeis dicho si es hermoso.

—No me atreveria á afirmar que Raul de Gordes sea verdaderamente hermoso en la acepcion completa de la palabra—contestó el señor de la Tour du Roy,—pero creo difícil encontrar caballero mas simpático. El conde es alto y delgado, esbelto y vigoroso á la vez, elegante en su figura y en sus modales. Una abundante cabellera de un color castaño claro, naturalmente rizada, adornaba su rostro irregular, pero que seduce á pesar de su irregularidad y de rara distincion. La nariz es quizá un poco grande, y la boca tambien; pero los ojos dan vida extraordinaria á su rostro, y sus labios, que entreabre una constante sonrisa, dejan ver dientes admirables. La expresion general es atractiva y espiritual. Ved, querida Lazarine, la fotografía de Raul de Gordes, no como será hoy, sino como era hace dos años, cuando su partida, interrumpió bruscamente nuestras relaciones de vecindad. ¿Qué os parece el retrato suyo, cuyo parecido os garantizo?

—Pienso, como vos, que el conde debia ser muy seductor—dijo Lazarine sonriendo,—ahora que casi le conozco, proseguid, os lo ruego. ¿De quién se enamoró el señor de Gordes?

BIBLIOTECA CENTRAL UANL